



## EN SAN MATEO

Discurso pronunciado en el campo de San Mateo el 25 de febrero de 1964 por el Dr. DANIEL VALOIS ARCE.

Excelentísimo Señor Ministro de Relaciones Interiores, Excelentísimo Señor Ministro de Relaciones Exteriores, Señor Gobernador del Estado Aragua, Señores Jefes de Misiones diplomáticas de los países Bolivarianos y Señor Embajador de México, Señor Presidente de la Academia Nacional de Historia y Presidente de la Sociedad Bolivariana, Señores Representantes del Distrito Ricaurte.

I. Esta peregrinación jubilosa la auspicia la Academia Nacional de Historia, instituto venerable por su sabiduría patricia y la preside el Ministerio de Relaciones Interiores cuyo titular Excelentísimo Señor Dr. Gonzalo Barrios, se destaca en el panorama político de su país con firmes perfiles de conductor y pulso seguro de hombre de gobierno, y la preside además, la Cancillería de Venezuela, esclarecida no solo por las hazañas genitoras de la nación que ella representa en el concierto diplomático del mundo o por el prestigio de sus actuaciones orientadoras del Derecho Internacional Americano, sino también por la egregia calidad humana de su titular Excelentísimo Señor Ignacio Iribarren Borges. La aprestigian las insignes misiones de los países del bloque regional bolivariano, el Excelentísimo Señor Embajador de México y las autoridades del Estado, los representantes de las fuerzas militares y unidos todos

en el común empeño de conmemorar un acontecimiento extranacional que la humanidad ha reclamado como presea de su honor e incorporado ya a su historia, como consuelo de sus desdichas.

Porque desde las bíblicas edades en que el pueblo escogido, en su milenaria lucha contra la injusticia contumaz, pasaba alternativamente de la guerra fría a la guerra candente; de la cautividad al desierto y del desierto a la servidumbre, hasta nuestros modernos hornos crematorios y los ensayos atómicos, la historia de la humanidad es un coro de lamentaciones. Dijérase una densa selva de finos funerarios, álamos contritos, sauces de doblegado ramaje cargados de dolor.

A través de esa selva melancólica cruza el hombre, de siglo en siglo y de guerra en guerra. Cruza por apretadas hileras de símbolos menguados: mármoles despedazados por el fragor de un combate; una estatua mutilada; capiteles rotos por el estallido de una bomba; algún friso ametrallado; la piedra inútil ya de alguna estatua antigua que ayer fuera trasunto de majestad y gracia; una bala, mínima fracción de acero, que apaga la vida luminosa de un joven presidente en momentos en que sus compatriotas clamorosamente lo consagran. Mudas sombras de idílicos ensueños; solemnes mausoleos ante los cuales el hom-

bre deposita la flor marchita de sus más grandes ilusiones; paz, libertad, derecho, fraternidad, justicia, igualdad, democracia. Emblemas alucinantes, ideas embriagadoras por las cuales en un combate interminable, el hombre lucha y muere, condenado a proseguir siempre esa misma batalla bajo la desoladora incertidumbre de la victoria final.

Pero no obstante todo eso; pero a pesar de todo eso; nosotros no podemos aceptar; nosotros no podemos admitir; nosotros no podemos permitir que la esperanza del hombre en el destino final de las sociedades humanas, agonice como una alondra herida, como una mustia rosa flotando sobre el mar.

Y por eso estamos aquí. Bajo este mismo sol que hace 150 años iluminaba la frente del flamígero mancebo. Al pie de estas colinas que un día asombradas y mustias vibraron estremecidas cuando la mano olímpica del juvenil atleta, domador de la fama, detuvo el relámpago fugaz y asió el rayo fulmineo para bautizar con fuego la epifanía de la libertad y la navidad del derecho en el suelo latinoamericano.

II. Existe, señores, el heroísmo que las gentes valoran fácilmente porque

---

#### DOCTOR

#### DANIEL VALOIS ARCE

Abogado. Especialidad Derecho Penal y Civil. Bachillerato Colegio Carrasquilla, Quibdó y Colegio San José, Medellín: grado 1930. Estudios Profesionales, Universidad Nacional. Tesis; "Espiritualismo y Fascismo". Ha sido Juez del Circuito en lo Penal, 1937; Juez del Circuito en lo Civil, 1939; Fiscal Superior. Medellín, 1940-41; Presidente del Consejo Nacional de Administración y Disciplina, 1948; Gobernador del Chocó; Director del Departamento Jurídico del Ministerio de Justicia, 1949-50; Senador de la República por Chocó, 1951-54; Director de la Biblioteca Nacional, 1950; Autor de "Itinerario Espiritual", "Departamento del Chocó" y "Semblanza de López".

conlleva aureola y viste preseas relictas; existe el martirio visible en la sangrante imagen del mártir, símbolo de la lucha renovada entre la fuerza material y el espíritu invencible; existe la santidad en cuyo loor el hombre alza templos, altares, nichos.

Pero además existe el sacrificio. Es la abnegada inmolación de un ensueño colectivo, en ofrenda que aproxima al hombre a Dios divinizando su oblación consagratoria. Funda devoción el santo y el héroe funda admiración. Pero el sacrificio funda mitos, religiones, diviniza un ideal. El sacrificio es inverosímil y por eso hace parte del destino de los sacrificados que alguien niegue su gesto: el hombre ordinario no entiende, no puede entender que un semejante suyo se dé, se inmole trágicamente a la remota felicidad de los otros.

Tiene el heroísmo sus compensaciones y sus cuitas el martirio; pero el sacrificio es un monólogo ante la eternidad. Es Abraham cuando va a inmolar a su unigénito. Es trance solemnemente ascético, introspectivo y mudo, como un dolor supremo, como un amor cuando es definitivo.

III. Bien es cierto, señores, que las batallas libradas y el asedio sostenido aquí durante todo el mes de marzo de 1814, no tuvieron la importancia decorativa de las de Boyacá, Carabobo, Bomboná, Lago de Maracaibo, y Pichincha y Junín y Ayacucho, que rasgaron para siempre las tinieblas del absolutismo ultramarino y le permitieron al genio de América, escribir, con su espada tendida al horizonte, el futuro de estas naciones y el código de sus pueblos.

Pero, en cambio, el sacrificio rebasó aquí la batalla como hecho de dimensiones míticas, como acontecimiento sin contornos geográficos, ni linderos espaciales, que pertenece al ensueño y se hunde en la región intemporal de lo sublime inaprensible.

Un sacrificio así compendia y cifra el heroísmo, la santidad, el martirio. Si el heroísmo enaltece y la santidad edifica, el sacrificio diviniza aproximándonos a Dios en la pureza y beatitud de aquella renuncia integral al interés personal e individual ante lo humano, suprapersonal, colectivo y nacional. El sacrificado adquiere, por eso, ante sus semejantes, una excelcitud subyugadora que perdura en la memoria de todas las generaciones y que en la conciencia de los pueblos libres, exalta su orgullo y afirma la seguridad de su destino.

En medio de todos los escombros acumulados por el hombre en materia de ilusiones deshechas sobre esta tierra aridificada, nos queda un consuelo final, la oblación divinizadora de algunos inocentes: un Jesús de Nazareth, un Sócrates, un Ricaurte, un Antonio José de Sucre, un Abraham Lincoln, un John Kennedy. Cada uno en diferente y vario plano, pero en todos la misma fecunda inmolación final, y ¿para qué? Para que no se extinga, como no se ha extinguido la fe del hombre en el hombre, para que no muera, como no ha muerto, como no ha de morir el ensueño; para que la vida del hombre no pierda en la tierra, la razón de su ser.

IV. Pero, evoquemos al hombre y revivamos su hazaña. Nació en la Villa de Leyva, un ribazo luminoso del altiplano andino. Reconoció en Bolívar antes de que fuera glorioso, el padre de la fama y el modelador de naciones, y se le unió jubiloso para cruzar con él, en la campaña admirable, los Andes familiares y la llanura ubérrima.

Vedle ahora con sus 28 años no cumplidos. En ademán estatuario piensa en los héroes de remotas edades. Los cabellos en tormenta coronan la frente romana. Un fulgor como de aurora sombría ilumina los ojos meridionales.

La breve boca, virilmente esculpida, quemada por los besos nupciales de la gloria. La quebrada cintura simula el contrapunto musical, hecho escultura. Parsimoniosamente ágil, desdeñosamente juvenil y esbelto dijérase el Apolo americano.

Impasible, impasible, custodia nuestro parque desde la altura del mirador, mientras contempla la naturaleza del contorno, adormecida en un sueño de verdor y de luz. Hélo allí: se oye ya el tropel equino, que desde Cagua, y Paya, y desde los Naranjos y Cerro Peludo, y el Pao, y los Teques, cercan a San Mateo; caballos y jinetes "dopados" por un ciego furor: la reacción absolutista. La reacción, fanatizada y sanguinaria, estérilmente cruel, la misma siempre. La misma que acaba de conducir a Rosete, por la senda de los Pilonés a profanar y bañar en sangre a Ocumare del Tuy, el 11 de febrero no más; la misma que condujo a José Yáñez y a Puy y Remigio Ramos a incendiar y arrasar a la bella Barinas, el 18 de enero.

Es la reacción, la misma siempre; la que pocos días después hace el baile macabro de Valencia, entre lágrimas y vino; entre música y sangre... Allí avanza, llega a la Cuesta de la Cruz, a la Punta del Monte, al Cerro Lobato, a la orilla izquierda del río Aragua. Son siete mil fanatizados. Llevan sus negros pendones marcados con huesos en cruz y calaveras. Viva Fernando VII, es su grito de combate. Nunca vióse un más satánico despertar de las potencias regresivas adormecidas en los oscuros rincones del alma, para esclavizar al ser humano.

Pero cuando esta horda se descoigaba desde la cima del Cerro de los Cucharos, en sombríos racimos aullantes sobre el parque de San Mateo, Antonio Ricaurte tomó como sudario el infinito y dijo a la reacción absolutista: No pasarás.